

tiempo y la saliva que me ha hecho perder!... Pero digo mal: perder no... ganar; pues al fin lo he traído al redil del Señor. Era uno de los tremendos; un hombre con pelos en el alma, que se encuciaba en las cosas del cielo. En Granada fué cantonal, cuando la revolución, y echó de su altar á la Santísima Virgen. (Aquí el señor Vicente se quitó el sombrero é hizo una reverencia.) Pues bien, le tengo hecho un corderito, y hace un mes se inscribió en la hermandad del Sacramento de su parroquia. Es mi mejor conquista.

—¿Y esos ojos cómo van?—preguntó Isidro.

—¡Cómo quiere usted que vayan! Mal, muy mal. Me sofoco demasiado. Me dan muchos disgustos los pecadores.

Maltrana le aconsejó la calma.

—¿Cree usted que puedo permanecer tranquilo?—gritó el señor Vicente exaltándose.—Mi sangre se requema cuando oigo que en mi presencia cualquier bárbaro insulta á Dios con sucios juramentos. Es lo mismo que si me diesen un balazo en medio del pecho. Prefiero que me maten, sí, señor: que me maten antes que oír tales blasfemias.

Y al decir esto se golpeaba el pecho ó abría los brazos, como si ofreciese su vida al joven, suplicándole que le matase. Algunos transeuntes acertaban el paso y miraban al viejo, que movía los brazos y las piernas, cual si retase á invisibles enemigos.

—Calma, señor Vicente—dijo Maltrana.—Cuidese: guarde la vida para servir á su Dios.

—¡Si todos fuesen como usted, señor de Maltrana!—exclamó el devoto con cierto respeto.—Usted es de los verdes: no crea que no le conozco: usted vive olvidado de Dios y su santa madre: pero tiene educación y no se burla de las cosas santas ni

dice blasfemias. Usted es bueno, y llegará el día en que Dios le tocará el corazón. Por eso no le digo nada. ¡Qué he de decirle yo, pobre gorrión del Señor, á usted que lee y sabe tanto!... No puedo hacer otra cosa que rezar por la salud de su alma, y crea que más de una parte de rosario le llevo dedicada. Se olvida usted del Señor porque sus negocios andan mal: pero algún día sentirá los efectos de su misericordia, y se arrepentirá, y se acordará de lo que le dice el hermano Vicente.

Maltrana, para amenizar su espera, quería retener á este personaje original, que mostraba deseos de seguir adelante, hacia los Cuatro Caminos.

—Usted fué soldado, ¿verdad?—dijo para prolongar la conversación.

—Sí, señor; fui militar. Otros que son santos lo fueron.

Y, al recordar sus tiempos de soldado, latía en sus palabras cierto orgullo; la misma satisfacción soberbia que muestra la Iglesia al decir que muchos de sus santos fueron antes hombres de espada.

—¿No se lo dije en otra ocasión, amigo don Isidro? Fui militar y estuve en aquel zafarrancho de Alcolea, pero al lado de los malos. Ya sabe usted lo que es la disciplina. Yo era cabo en Cádiz: dieron el grito y tuve que echar detrás de los mandones, disparando tiros en contra de la religión, de la reina, y de todo lo antiguo y lo bueno. Es el pecado mayor de mi vida, pero Dios me lo perdonará, porque fui forzado y no tuve intención de ofenderle... Después salí del servicio y me dediqué á las cosas santas.

—¿Y por qué no se hizo usted fraile?

—No me faltaron ganas, señor de Maltrana. Un marqués, antiguo coronel mío y persona muy

devota, puso empeño en que me admitiesen en un convento: pero no quisieron tomarme. No tengo suficientes méritos para vestir el hábito.

Lo decía bajando la cabeza, encogiéndose para mostrar mejor su humildad. El joven pensaba que los frailes habían tenido miedo á las exaltaciones del señor Vicente, comprendiendo que su santa locura, un tanto andariega, no podía permanecer en un convento.

—Pero vivo lo mismo—continuó—que si perteneciese á una orden. Tengo mi regla. Un señor sacerdote me escribió en un papel lo que debo hacer á todas horas, y sigo sus indicaciones bajo pena de desagradar al Señor. La regla me recomienda paseo, mucho paseo, unas cuantas horas de ejercicio sin pensar en las cosas santas. Otro señor sacerdote reformó el primer papel, ordenándome aún más horas de paseo: toda la tarde en el campo. Dicen que de no hacerlo así, puede turbárseme la cabeza y el demonio me dará martirio con sus perversas tentaciones. Yo obedezco: todas las tardes salgo al campo: cada día á un sitio de las afueras. He dado la vuelta á Madrid como unas veinte veces. No hay en los alrededores niño ni mujer, que no conozca al hermano Vicente. ¡Las estampas que llevo repartidas!... Me paseo por obediencia: hablo con los pájaros, con los perros, con todas las buenas bestias de Dios que me acompañan en el camino; pero ¿dejar de pensar en las cosas santas? no puedo... ¡no puedo!... y pecco por desobediencia.

El señor Vicente irritábase contra esta imposibilidad de olvidar por unos instantes los asuntos del alma y las grandezas del cielo.

—Dicen que pienso demasiado, señor de Maltrana, y tal vez tengan razón. Hay noches en que

la cabeza parece que me hierve y no puedo dormir. El Malo me martiriza con imágenes infames. Dicen además los señores sacerdotes y los caballeros de las Conferencias, que me alimento poco, que debía atender más el cuerpo... Eso no; santos famosos hubo que comían menos que un pájaro, y yo, señor, hay días en que no ayuno y gasto un real ó más en mi manutención. Las buenas señoras que me protegen, me dan dinero y muchos trajes, me recomiendan que me cuide, y yo digo que sí á todo, pero regalo lo mejor de sus limosnas á los pobres que viven en el pecado, para ver si de este modo los ablando y se arrepienten. Como seglar, procuro presentarme limpio y decentito: creo que voy bastante bien.

Al decir esto se miraba de los pies al pecho. Maltrana se fijó en su camisa de tela burda, que asomaba el cuello por encima de varias vueltas de una corbata obscura. El punto negro y bullicioso de un parásito, moviase entre el borde del lienzo y la piel rojiza de su cuello.

—No necesito más allá de un real para vivir—continuó el devoto con cierto orgullo.—Nunca he comprado un periódico, ni sé lo que es tener una caja de cerillas. Me acuesto á obscuras; y en cuanto á papelotes, ninguno me importa nada, ya que maldito lo que me interesa la política. A estas horas, no sé quién manda en España. Lo mismo da que sean unos que otros. Todos son lo mismo: gobernantes, manipulantes y danzantes; y eso de la política, zarandajas, marañas, patrañas y tonterías.

El devoto exaltábase al hablar. Soltaba sus palabras atropelladamente: inclinaba la cabeza, como si el chorro de su verbosidad tirase de ella.

—El liberalismo, señor de Maltrana, y todo eso del progreso y las revoluciones está condensado

en pocas palabras: lo que yo digo, «matar, robar y no hacer daño á nadie...» Matan el alma, se la roban á Dios, y después dicen que no hacen ningún daño... ¡La libertad! La gente se va detrás de sus patrañas, porque éstas halagan á la bestia que todos llevamos dentro y que desea campar á su gusto. Pero el hombre es malo y necesita unas buenas disciplinas. Que dejen al hombre en completa libertad y veremos barbaridades.

Maltrana, entretenido por esta charla, fingía aprobarlo todo con movimientos de cabeza.

—Usted habrá leído mucho, don Vicente.

—Nada, señor de Maltrana: soy lego. No tengo capacidad para comprender las obras de teología. Además, estos ojos no están para lecturas... Pero tengo muchos libros, muchísimos: no caben en tres carros. Me gasto en ellos todo mi dinero: me conocen los libreros de lance de todo Madrid, y apenas cae en sus puestos una obra antigua de teología moral, de cánones ó de vidas de santos, bien encuadrada en pergamino, la apartan, diciendo: «Para el hermano Vicente.» ¡Lo que me cuestan los libros! Yo podría vivir en una buhardilla ó ser huésped de una familia cristiana; pero tengo los libros que son mi familia, y pago un cuarto de ocho duros para que estén bien alojados. No tengo sillas, no tengo cama, no enciendo luz, duermo en el suelo, sobre un jergón, pero las obras están en sus estantes, hermosas y limpias, como puedan estar las de un seminario ó un obispado. Es mi vicio, mi debilidad, mi placer pecaminoso. Me parece que forman un jardín, el jardín de la sabiduría eterna. Cada libro es una flor con su riquísimo perfume de pergamino y de polvo. Yo no he leído más que un poco á Santa Teresa y otro poco á San Juan de la Cruz. Pero si algún día me

honra usted con su visita, verá un ejemplar de la *Summa* en muchos tomos, ¡en muchos!; y usted, que está más acostumbrado á los estudios, pasará un rato celestial. Yo no puedo; se me embrolla el pensamiento, me da vueltas la cabeza apenas leo cosas profundas. Soy un pobre animalito de Dios, con menos talento que la hermana hormiga que pasa junto á mis pies.

El devoto miróse los zapatos, y añadió:

—Me aguardan en Bellasvistas, señor de Maltrana. Llevo tres reales en el bolsillo y unas hojitas para cierta viuda. La pobrecilla está muy mal, tiene un batallón de chiquillos. Ya sabe usted, don Isidro, donde vivo. A ver si me honra un día con su presencia y visita mi jardín. No tiene más que preguntar por el señor Vicente, don Vicente ó el hermano Vicente, como quiera, pues de todos estos modos me llaman... Deseo que sus negocios marchen bien. Sólo tengo que hacerle una recomendación, porque le quiero. Tenga mucha fe en Nuestro Señor Jesucristo, en su Santa Madre María, y en nuestro poderoso patrón San José, y con estas ayudas, crea que todo le saldrá bien, y si no es en la tierra, será en el cielo... Buenas tardes, señor de Maltrana.

Dijo esto apresuradamente, como una jaculatoria aprendida, llevándose la mano al sombrero y descubriendo un instante su cráneo rapado, puntiagudo, estrecho, con las orejas salientes. Después se alejó manoteando, como si no pudiera aplacarse fácilmente la exaltación que se despertaba en él al mencionar sus celestiales protectores.

Maltrana siguió con la vista un buen rato al interesante personaje, motivo de regocijo para las criadas de las plazuelas y para los desocupados que se reúnen en tabernas y portales.

—¡Y pensar—se decía Isidro—que si nace dos siglos antes hubiésemos tenido un San Vicente más!...

El joven olvidó pronto á su original amigo. Comenzaban á salir mujeres de la fábrica de gorras. Maltrana vió á Feli detenerse en el portal y mirarle con el rabillo del ojo, como si estuviera enterada de su presencia por haberle visto desde las ventanas de la fábrica.

La muchacha emprendió su marcha hacia arriba, cuidando de no confundirse con las otras del oficio y de no aguardar á la compañera con la que llegaba todas las mañanas al taller.

Maltrana salió á su encuentro. Bastó un saludo algo tímido para que Feli sonriera, olvidando todos los propósitos de seriedad que se había forjado al verle. Sus mejillas se enrojecieron con el recuerdo de lo ocurrido en la tarde de Carnaval.

Isidro comenzó á hablarla con emoción. Desde que la muchacha le había confesado su afecto, no podía contemplarla con la misma frialdad que cuando sólo era la hija de su amigote el Mosco y comía él las famosas cachuelas sin fijarse en sus miradas.

El recuerdo de su buena suerte, del libro encargado por el marqués de Jiménez, que le parecía el primer anuncio de la riqueza, le devolvió su aplomo de hombre superior.

—Feli: te esperaba, porque necesito hablarte; porque deseo que charlemos sin prisa. Tengo que decirte cosas importantes.

Los dos atravesaron la calle, saliéronse de ella, y sin darse cuenta de lo que hacían, se internaron en los campos, siguiendo la linde del tercer depósito, hacia el cementerio de San Martín que alzaba en el fondo su masa de cipreses.

La muchacha intentó detenerse. ¿Adónde iban por allí? Pero Isidro la empujó con dulzura.

—Echa para adelante: vienes conmigo, que te respeto y soy un caballero. No vamos á pasearnos por una calle donde tantos nos conocen: nos sería imposible hablar.

Siguieron un camino entre los sembrados, ennegrecido por la carbonilla de una fábrica cercana.

—Feli—continuó el joven,—era preciso que hablásemos. Después de la otra tarde en el Caño Dorado, de las cosas que me dijiste... yo necesitaba hablar. Tus amigas no me dejaron. Además, tú llorabas, como si fueses á morir.

—¡Pero si yo no dije nada!—exclamó la muchacha con las mejillas arreboladas.—Y si dije algo, no lo recuerdo. No sabía lo que hablaba; estaba borracha.

Isidro se aproximó más, pegando todo un lado de su cuerpo al de Feli, percibiendo la firmeza elástica de su carne, su tibia suavidad al través del mantoncillo y la falda sutil.

—Oye, Feli, no nos pongamos tontos. ¿A qué ir con disimulos y coqueterías, como si nos viésemos ahora por primera vez?... Yo te quiero; tú me quieres; los dos nos queremos. ¡Me parece que más sencillo!... No hay otra diferencia entre nosotros, que tú, como mujer, eres más lista en asuntos de amor y te has enterado antes de la verdad. Yo soy un pazguato y he necesitado que vinieras tú á decírmelo, como si fuese una señorita boba. En resumen: Feli, ¡rica!, yo te quiero... ¿Y tú?

La muchacha no contestó con palabras. Bajó los ojos y su cabeza fué inclinándose dulcemente en señal de asentimiento.

Maltrana metió un brazo por debajo del man-

toncillo, enlazándolo con el de la joven. Así, muy agarrados, muy juntos. Este mudo apretón, este contacto invisible, valía más que todas las palabras.

Caminaban lentamente, sin mirarse, como si toda su atención y el calor de su vida estuviesen concentrados en los brazos, que se apretaban con estremecedor contacto, confundiendo los latidos de sus venas.

Maltrana creía caminar en medio de una bruma que le ocultaba los objetos, que hacía elástico el suelo, dando á sus pisadas una ligereza sobrenatural.

Un perfume extraño, de embriagadora suavidad, acariciaba su olfato. Parecía imposible que una muchacha criada en las Carolinas, entre los desperdicios de la villa, oliese tan bien. Surgía de su cabellera negra, peinada á la diabla, con gracioso descuido; de su cuerpo esbelto, del revoloteo de sus faldas. Era una esencia sobrenatural que, seguramente, no podía comprarse en perfumería alguna; que tal vez era un engaño de la imaginación, pero se le subía á la cabeza, como el más fuerte de los vinos. Ninguna mujer, al pasar junto á Maltrana, olía así. El joven iba ya enterándose de lo que eran el amor y sus dulces engaños.

Vieron venir hacia ellos un viejo de cara hosca, con un cayado al brazo; un guarda de consumos que paseaba. Los dos, instintivamente, se separaron, desenlazando los brazos.

Esta sorpresa les sacó de su dulce somnolencia. Maltrana, en quien las impresiones eran menos duraderas, volvió, como él decía, á la realidad.

Aquella noticia importantísima que deseaba comunicar á Feli, era, sencillamente, el nuevo tra-

bajo que iba á acometer, el dinero que llegaba inesperadamente, enloqueciéndole de alegría, cual si le asegurase el bienestar por todo el resto de la existencia.

—Tú me traes la buena suerte, Feli. Voy á ser rico; es decir, vamos á serlo los dos.

Y como la muchacha quisiera saber en qué consistía tanta riqueza, Isidro tuvo que explicarse con cierta vacilación.

—Ricos en seguida, lo que se llama ricos, no lo seremos. No van á darme más que tres mil realazos. Pero, algo es algo, y tras ellos, otros vendrán. Lo que importa es encontrar el camino, y en él estoy yo... ¿Sabes por qué era ciego, Feli? ¿Por qué no me fijaba en tu regraciosísima personilla? Porque hasta hoy he sido un mendigo, sin casa, sin una peseta, durmiendo poco menos que de limosna. ¿Cómo iba á pensar en una mujer, á proponerla que partiese la miseria conmigo?...

Maltrana quiso hablar de la indigencia en que había estado hasta entonces, pero la muchacha le atajó. Que era pobre, ¿y qué? Ya lo sabía ella. Muchas veces se había fijado en la voracidad con que comía en casa de su padre, reveladora de dolorosas escaseces. Pero era bueno, era sabio, y para ella, el hombre más guapo del mundo.

—Guasona—exclamó Isidro, volviendo á meter el brazo por debajo del mantón.—¿Es que quieres burlarte de mí?

—Lo digo como lo siento—continuó la muchacha con sencillez;—el más guapo de Madrid. Pero no se enorgullezca usted por esto, señorito.

Ella se había enamorado, sin saber cómo. Su padre la hablaba con admiración de los grandes hombres desconocidos, á los que había tratado en sus tiempos de impresor. Al presentarse Mal-

trana, ella pensó que era uno de aquellos seres que, vistos desde la casucha del dañador, aparecían como semidioses.

La *Mariposa* hablaba de su nieto á todo el barrio, augurando que algún día le verían entre los mandones; el *Mosco* reconocía en Isidro un talento que se aproximaba al de sus grandes ídolos; el señor Manolo, el *Federal*, lamentábase, á sus espaldas, de que un muchacho de tanto mérito no se inscribiese en el censo del partido. Y Feli, incitada por estos elogios, mirábale con creciente admiración, escuchando horas enteras de sus labios, cosas que no entendía, pero que sonaban en su oído como música celeste.

De vez en cuando, en la muralla de palabras incomprensibles, se abría un desgarrón, una gran ventana, por la que contemplaba la muchacha un cielo nuevo, otro sol, un mundo sobrenatural que sólo habitaban los seres como Isidro. Cuando éste recitaba versos al final de sus meriendas con el *Mosco*, cuando hablaba de aquellos grandes escritores que vivían en el extranjero con honores de príncipe, á la pobre Feli le temblaba el corazón, sentía que sus piernas se doblaban, le faltaba poco para llorar, como si estuviese en presencia de una religión nueva.

Comenzó á pasar las noches en continuo ensueño, viéndole á él, siempre á él, hermoso como un ángel, asombrando á los hombres con su grandeza: siendo lo más extraño que al día siguiente, contemplándolo en su realidad, lo encontraba, no como era, sino embellecido con los mismos atractivos de la nocturna visión.

—¡También tú!—exclamó Maltrana.—¡También tú sueñas!...

Feli habló luego con tristeza de las dudas que

le habían atormentado. Isidro estaba demasiado alto, para que descendiese hasta ella, pobre muchacha hija de un dañador, que vivía entre la gente miserable de la busca. Cada vez que llegaba con palidez de hambriento, buscando los almuerzos y las meriendas del *Mosco*, experimentaba ella una alegría. Aplicábase al cocineo, poniendo todos sus sentidos en el guiso de los gazapos. Bendecía estas privaciones de la existencia bohemia, como algo providencial que aproximaba al hombre amado, dándole nuevas esperanzas. Pero luego transcurrían largas temporadas sin que le viese. Estaba en Madrid... ¡en Madrid! Y la muchacha repetía la palabra con cierta cólera, como si evocase un mundo desconocido, lleno de tentaciones. Isidro debía tener allá mujeres muy hermosas; seguramente que era amigo de las actrices como todos los que escriben en los papeles. ¡Las noches que había pasado gimiendo de desesperación, creyendo perdidas sus ilusiones!...

La inocente Feli decía esto trémula aún de miedo, como si no tuviese la seguridad de poseer á Isidro, como si temiera que se lo arrebatasen aquellas tentaciones que abultaba con fantástico relieve. Maltrana rió de la simpleza de la muchacha. ¡Alma cándida y crédula!... ¡Si conociese la realidad de su vida!... ¡Suponerle de jolgorio entre actrices y grandes *cocottes*, á las mismas horas en que, desfallecido de hambre, pensaba en la cazuela bienhechora de la redacción! ¡Crearle favorecido por las mujeres, perseguido por ellas, cuando hasta los hombres se burlaban de la ruindad física del pobre *Homero*, y le herían con sus bromas!...

Las palabras de la joven resultaban, sin saberlo ella, de una ironía cruel. Maltrana siguió rien-

do de la inocencia de Feli, cuando ésta le dijo con un gestecillo hosco:

—Se acabaron las calaveradas, ¿eh? Sólo me querrás á mí: no harás caso de las señoronas. Porque, advierto á usted, señorito, que yo soy muy celosa, y si me haces alguna de las tuyas, grandísimo pillo, me la pagarás... ¡vaya si me la pagarás!

Habían entrado en el camino viejo que conduce de Madrid á la Patriarcal de San Martín. Por este camino bajaban, al caer la tarde, las mendigas de las afueras, para recoger la sopa en el asilo de San Bernardino.

Los dos jóvenes llegaron al parterre que se extiende ante la Patriarcal. Sus pasos, haciendo crujir la arena, sonaban agigantados por el silencio. De vez en cuando oíase el chillido de un pájaro y el follaje se estremecía con invisibles aleteos.

Feli, que siempre había visto de lejos este cementerio, sintió gran inquietud al encontrarse cerca de él. Por entre el ramaje y el hierro de las verjas, veíase la blancura del mármol de los panteones. El brazo de la muchacha se estremeció de inquietud, apretando el de su novio.

—¡Tonta!—exclamó Maltrana.—¡Si esto es un jardín! La última que enterraron fué mi protectora, y antes de que trajesen su cadáver habían pasado muchos años sin entierros... Esto es muy bonito: hace pensar en el amor más que en la muerte.

Contemplaba la joven desde el parterre todo el frente del cementerio: dos pabellones de color de rosa, unidos por una doble columnata del mismo tinte alegre. En un pabellón estaba la capilla, cerrada muchos años, con una espadaña de hierro

en el tejado, de la cual pendían dos campanas cubiertas de herrumbre. El pabellón opuesto servía de habitación al conserje, y en una ventana de medio punto alineábanse macetas de flores bajo una cortina de tonos alegres que la brisa hacía ondear.

Una verja cerraba la columnata, y por entre sus hierros veíase todo el cementerio como un frondoso jardín. Los cipreses, esbeltos y elegantes, alineábanse á lo largo de las avenidas. En el espacio comprendido entre sus troncos, agrupábanse altos rosales de hermosa vejez. Las plantas trepadoras enroscaban sus verdes ondulaciones en las columnas de los claustros, llegando hasta los arcos de herradura. Los mausoleos, las imágenes yacentes, los ángeles de mármol, en medio de las platabandas de tupida vegetación, parecían estatuas de jardín.

Maltrana, siempre que veía de lejos este cementerio, destacando en el cielo las techumbres redondas de sus pabellones, las columnatas y la helénica vegetación de sus esbeltos cipreses, pensaba en una acrópolis clásica de aquellas que eran fortaleza, santuario y paseo á un tiempo.

La dulce calma, cortada por el rumor del follaje y el piar lento de los pájaros, disipó la inquietud de Feli.

—Entremos—dijo su novio.—Esto es un cementerio de novela: un jardín como no hay otro en Madrid.

La enamorada pareja sentíase atraída por el poético silencio de este rincón olvidado.

En la columnata vieron á una vieja haciendo calceta, y junto á ella un hombrón, que fijó en los jóvenes su mirada escrutadora.

—¿Vienen ustedes por algún pariente?—dijo.

Maltrana contestó con la firmeza del que dice verdad.

—Tengo aquí lo mejor de mi familia.

El guardián no parecía satisfecho.

—¿No vienen ustedes á pintar?—preguntó de nuevo.—Porque para pintar se necesita permiso.

Isidro sonrió, echando atrás las aletas de su macferlán. ¡Pintar! Vaya una pregunta. ¿En dónde iba á ocultar los colores y la paleta?...

Los dos jóvenes, tras un gruñido de asentimiento del portero, entraron en la Patriarcal, comentando las extrañas preguntas de éste con risas que parecían alegrar el fúnebre silencio.

Maltrana quiso que Feli viese la sepultura de su protectora, y los dos salieron de la avenida central para descender por una escalerilla, en forma de túnel, á un patio inmediato.

En este rectángulo, mucho más bajo que el centro del cementerio, no vieron árboles ni platabandas. El suelo estaba totalmente ocupado por la muerte: las tumbas se apretaban entre las galerías del claustro.

Embellecía el abandono este rincón, con desolada poesía. Las grandes losas sepulcrales estaban curvadas por el tiempo y la lluvia, con las inscripciones borrosas; las plantas parásitas, creciendo entre las piezas de mármol, las hacían saltar, desuniéndolas con el impulso vital de sus raíces. Las coronas, pendientes de cruces de hierro mohoso, habían perdido sus flores, sus doradas siemprevivas: eran aros de paja negra y putrefacta, guardando en sus briznas un hervidero de insectos.

Los pasos de los dos jóvenes hacían resonar las oquedades repletas de huesos: por todos lados, en el suelo y en las paredes, la sensación de lo

hueco, la repetición interminable del más leve ruido, la nada sonora de la muerte.

Maltrana se detuvo ante un nicho. Allí estaba su ángel bueno, la que él llamaba por antonomasia «la señora». Acordábase, conmovido, de las palabras de la buena anciana, cuando le prometía buscarle una esposa que le hiciese feliz. Señora; la compañera estaba allí: venía á saludarla, agradecida por lo que había hecho con él. No era rica, tal vez no era buena cristiana, como la deseaba ella; pero embellecería su existencia, dándole ánimos para seguir aquel camino áspero, en el que le había abandonado su mano protectora, paralizada por la muerte.

Al salir del fúnebre patio, les pareció aún más hermosa la avenida central del cementerio. El jardín, con su belleza melancólica, ahuyentaba toda idea de muerte. Era distinto de los patios cercanos, henchidos de cadáveres. Sus diseminadas tumbas parecían monumentos de adorno, colocados allí sin otro objeto que alterar la verde monotonía de la vegetación. Eran sepulturas de ricos, de privilegiados, que aún después de muertos parecían guardar la tranquila compostura de los felices. Los nombres de antiguos ministros, de generales, de duquesas famosas por sus gracias, brillaban en las caras de estos enormes juguetes de mármol.

Las primeras mariposas movían sus alas sobre los rósales, cuya sequedad invernal comenzaba á hincharse á impulsos de los tiernos brotes. Zumbaban los insectos en el ambiente dorado de la tarde; la tierra se agrietaba para dar paso á una vegetación salvaje, á una maraña verde, que parecía la cabellera primaveral, surgiendo lentamente de la tierra. Las hormigas removían